luís antonio de villena

Malmundo

Arquitrave

luís antonio de villena

Malmundo

luís antonio de villena

Malmundo

Arquitrave

Antología
© Luís Antonio de Villena
© Arquitrave Editores
www.arquitrave.com
Edición y diseño Harold Alvarado Tenorio y Héctor Gómez Guerrero
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Luís Antonio de Villena

Creo haber conocido a Luís Antonio de Villena (Madrid, 1951) una madrugada de los primeros años setentas, en un desaparecido local de Adolfo Marsillach, en Chueca, cerca del Paseo de Recoletos, junto a dos monstruos de la literatura española de entonces: Umbral y Gil de Biedma.

Villena era una de las estrellas del nuevo firmamento literario y gozaba de una fama de raro, extravagante y libertino digna de aquella media docena de líricos decadentes de los que habló Darío. Llevaba ya sobre si mismo, cada noche, un personaje que es hoy parte del tinglado literario madrileño: una suerte de dandy o miembro de pasarela que al abrir la boca, o poner la letra, resulta siempre un agitador de la mejor estirpe a pesar de sus peinados, sus gafas de noche, sus camisetas, sus foulards o sus sortijas. Un espíritu inconforme, producto de un carácter cultivado con esmero en las honduras de una vida noble, orgullosa y culta, que supo, desde su juventud, que la vida está en los márgenes de toda sociedad humana, entre alucinados, juerguistas, putos, sabios y ángeles del mundo de las orillas. Una gracia y un talento que unos han caricaturizado hasta la frivolidad y otros, entre los que me cuento, valoramos como un espíritu verdadero en una larga época tiranizada por los ires y venires del dinero fácil y la vulgaridad hechas doctrinas.

Villena ha publicado, desde entonces, numerosos libros de poesía, ensayo, crónica, novela y periodismo, haciendo una carrera literaria deslumbrante y no menos descomunal en el mundo de hoy. Pero es quizás en su poesía donde mejor quedará representado tanto en si mismo como en su *personae*, aquel otro Villena que todavía gusta del antifaz, la noctívaga errabundia, las risas estridentes y los desatinos.

Contrariando tradiciones recientes, instauradas por algunos poetas peninsulares a partir de los llamados novísimos, Villena ha escrito sobre lo divino y lo humano también en poesía. No ha sido poeta de temáticas exclusivas o sus libros han pretendido las falsas unidades de los cameladores. Villena ha escrito desde la pulsión del cuerpo, cuando el deseo le ha ordenado hacerlo. Por ello sus libros resultan refrescantes. No agota al lector con monsergas o asuntos, sino que como el transcurrir de la noche o de los días, surge en ellos la poesía. Pero en todos los fondos de sus textos percibimos la dolorosa búsqueda del amor, que no llamaremos aquí ni verdadero ni falso, sino amor a secas. Un amor que no existe y por eso anhelamos y a veces vislumbramos, precisamente, en los brazos de quienes nunca lo dan, o pueden ofrecerlo: amores por horas, nunca en la esperanza de la eternidad deseada.

Y entonces, lo que nos deja la lectura de su obra es una intolerable y lúcida melancolía de que la vida no existe entre nosotros; que quizás sea en la muerte donde la vida pueda darse. La vida, que de niños nos dijeron existía, que en la juventud creímos posible, pero en la vejez es una llaga honda y maloliente.

Como en Kavafis, Villena oculta a menudo su propia historia en una pretenciosa y pretendida cultiparla, bien sentada en los laureles de las mitologías antiguas, romanas, griegas, árabes, renacentistas y desde hace unos años, decimonónicas. Fue el arribo a los linderos de la vejez -que es la dura ausencia de la juventud- lo que le llevó a dejar de ser un raro y convertirse en un subversivo, con el desdén como arma. Hijo de Mayo del 68 más que de la transición a la democracia española, Villena es el más subversivo de los poetas vivos de hoy, así nadie le oiga decir una sola palabra que lo delate. Su poesía como su prosa destila persistente el veneno de no estar de acuerdo con lo establecido y por ahí va la cosa. Porque sabe qué es ser un perdedor, que en la vida no hay posible triunfo, que la mayor desgracia no es

haber nacido sino envejecer, que la felicidad no existe. Por ello, es Villena quizás, el único y cierto continuador de la obra de Gil de Biedma, como puede constatarse en este precioso fragmento de uno de sus más celebrados poemas:

A vosotros, diarios agonistas, conocedores profundos de la irrealidad del mundo, de la radical injusticia de lo vivo, intuidores perfectos de un más allá oscuro, a quienes sólo se concede, como a reyes caídos, el desprecio.
A vosotros, ansiosos de lo imposible, sedientos de ideal, manos tendidas a cuanto es más bello y adorable, que de la forma carnal eleváis un dios absoluto y joven, metafísicos de lo real, adoradores, ángeles, ascetas, obligados al llanto en soledad, al cercano silencio, o a la muerte liberadora, atroz, violenta a menudo.
A vosotros, sórdidos en la noche del mundo y siempre aguardando…

Que Villena vale el viaje, se evidencia en esta antología que he confeccionado con su obra.

Harold Alvarado Tenorio

Cartagena de Indias, Junio de 2006.

Un instante para Leonor de Aquitania

Fue en los días
en que las sombras
podían aún llamarse sombras.
Una estancia en el castillo de Bermondsey
Pasas como una mano enguantada
y ni siquiera advertimos
el brillo de tus sortijas.
Extraño corcel presentido siempre
y jamás visto.
Yo soy la reina,
pero mi reino es más triste
que la nieve que cubre las almenas y
de Bermondsey.
Y los lobos se desgarran
unos a otros por
un pedazo de carne.
Extraña cosa vivir,
cuando nada supera la sonrisa de la muerte.
Pasó aquel raro cortejo
y apenas me ha dejado recuerdo
de la danza.

Yo soy la reina,
pero aún puedo recordarte,
Bernard de Ventadour,
cabalgando por los suaves alcores
de Provenza.
Mis labios eran entonces hermosos
y en mi sangre goteaba
el cálido silencio

de la noches maravillosas de Antioquía,
triste ventura,
mi amor se derrama
sobre tu sueño
y acaricia el deseo
de un nuevo tiempo,
donde sople la vieja flauta
y el vino borre para siempre
las tristes brumas
de Bermondsey
Pasó aquel raro cortejo
y ni siquiera me ha dejado una rosa.
Han nacido ya los brotes nuevos.
Es la lluvia cálida de todas las Primaveras.
Sombra de *teenagers*.
Un claxon reclama en la noche la tardanza,
y ella sueña bajo el rubio sol de los vatios.
Brillo metálico en las aceras.
Suena en la ventana del apartamento
la voz rasgada del soul.
Lluvia de Primavera
bajo la luz alucinada de los cristales.
Beso de *teenagers*.

Extraña cosa vivir.
Aún son visibles las sombras del cortejo
y mis manos han perdido
para siempre
el suave aroma de Provenza.

Tango

Oh aquella noche en Maxim's era como
tener entre los dedos una copa de kirsch,
el olor de las cerezas, queridísima Eleonora,
tu vestido como un río sin sangre, y el rímel
en tus pestañas como aves tropicales y
nunca más morir.

La orquesta perlaba de silencios el
espacio, tu cintura es como una pulsera,
violetas aromadas con champán de rosas
Hernando's hideaway. Y era como ya nunca
más vivir.

Tus ojos tan bellos y tantas lunas de oro
pendidas de un sedal. Los naipes, el humo del
kifi ruso, tantos crisantemos muertos y el
raso que relumbra como labios de niñas,
gardenias más dulces atravesadas todas
por sístoles de amor.

Eleonora olvida que has muerto o que vas
a morir. El kirsch sabe a cerezas tiernas
y yo no sé jugar al baccará. Y hay ponchos negros
en los mármoles para verte pasar. Crepúsculos
tan íntimos, tan suaves, acariciar tu piel
mientras bailamos es como arder en rímel y
sentir que hay un río de ocasos que desciñe
en tus labios alacranes de amor, tan íntimo,
tan suave, como oler por la noche la espuma
del mar.

Rompemos las copas en Maxim's, se funden las
luciérnagas de noche y amamos en silencio
las velas del quinqué.
Estréchame, Eleonora, tu vestido de organza,
ese tono escarlata y aromas desirée. Viviremos
para siempre, para siempre, Eleonora, como esa
noche en que tantos murieron mientras tú y yo
bailábamos oropéndolas con el amanecer. Crepúsculos
y rosas de piano, aquel beso tan grato como lluvias
de estío y el alba color champán, tanta nostalgia
clavada en los escotes. A media luz, tan lento,
o *Hernando's hideaway*...

Constantinos Kavafis observa el crepúsculo

S'indovinava la stagione occulta dall'ansia delle pioggenotturne.
S. Quasimodo

Supe alguna vez que lentamente
sueños corvos de dioses araron la tierra
y todos pensaron entonces en una;
ubérrima y dilatadísima abundancia.
Y sí, existen palacios de abundancia,
llamad la noche o el ocaso, labios de
un príncipe donde brotaron joyas.
Mas pensad, pensad muy seriamente;
que ya hemos poseído toda clase de túnicas,
inútiles o recamadas, sí, como ese pensamiento
que ahora tienes de monasterios coptos.
Y con todo no somos aún peregrinos
que arriban novedosos a una urbe incendiada.
Detrás de mí el mar presenta colores
de dientes que nacen tras los blandos
sahumerios con que saludamos cada día.
No, no fructificaron nuestros sueños.
Aquellos dioses eran demasiado
hermosos y demasiado perfectos,
pensad, amigos, que a gentes
como nosotros nacidas en la penumbra
ausente de un joyel antiguo
nada les importan cinturas o torsos
equilibrados en la regla muy difícil
de la simetría. Humildes, hemos
preferido siempre los muslos adiposos
y oscuros de las torvas diosas fenicias.
Corre el año 410 y Alarico
no tardará ya en saquear Roma.

Kitagawa Utamaro.
Noche en el mundo perecedero

Mar, cúbrenos con tus ondas, desata en nosotros la
verde curvación de tu cuello, haznos sucumbir bajo
tus crestas, en nuestros ojos pon el lirio como el fuego de
tus manos, destroza nuestras torres, nuestros navíos haz
murallas abrasadas, Edo o Babilonia, la llanura inmensa y
larga de tus manos, destrúyenos para siempre, dibuja sobre
nosotros la flor espiral de la derrota, el torbellino azul
como el penacho muerto, el fin perpetuo.
Mar, inúndanos, ahóganos bajo tus grandes abetos
para siempre y sea solo sobre una estatua
inútil un blanco reguero de la espuma...

Fabliau del encuentro

Y abriría la puerta y tú estarías allí,
como el árbol sin saberlo.
Y diría palabras que no son mármol,
ni tampoco melancolía.
Y de ti quedaría, como en el vaso,
el olor de la rosa,
sus pestañas profundas de belleza abisal
como las esmeraldas,
el fulgor de lejanas estrellas que como agua
relumbran y seducen.
Dicen que no puede ser más, vibrar de palmas,
ojos, susurrar de yerba;
pero basta un dardo, no hay defensa,
lo demás es sólo saber
que tú puedes llamas y sol y cáliz de pétalos
en el calor de la noche.
Toma en tu casco toda la luna que puedas,
hasta el beso,
y oscurece, oscurece tu lenguaje.
Y de ti quedaría, como en el vaso, no
las palabras,
sino el olor de la rosa.

Clérigo vagante

Andando entre la nieve de góticos aromas,
por los largos caminos de la ancha Europa,
entre catedrales y villas de sombra alargada,
va un hombre mal vestido, de mirada profunda.

Ha leído a Ovidio, latines y bestiarios.
Bebido tal vez de todos los vinos de la tierra.
Fornicado y amado en tabernas y burdeles
con mujeres sin historia y damas de leyenda.

Sabe que la vida es sólo un extraño
hilván de cosas inconexas; placeres y dolores,
ebriedad y miseria, libros y oro.
No hay final o el final nadie lo sabe.

Andando entre la nieve, feliz y beodo,
acaso echado fuera de alguna casa noble,
masca versos latinos, camino de ninguna parte
el viejo Archipoeta, clérigo en Colonia.

Homo videt faciem, sed cor patet Iovi.
No hay final o el final nadie lo sabe.

El fauno del parque

¡Qué extraño el joven Fauno que grita
su hermosura! Al viento el brazo aleve,
como agitando un tirso de flores y de espumas
parece que te mira o te habla o te invita.

Su cuerpo es una danza extática y curva,
su cabello es suave como tarde en un río,
hay una flor extraña prendida en su cintura
y un mudo deseo que hiere en sus pupilas.

¿Qué raro fuego guarda el fauno entre los labios?
Parece de su brazo desprenderse un perfume,
mientras en sangre eterna vence al polvo del aire.
Ideal como la dócil cauda de la tarde,
el joven semidiós triunfa del viandante.
Barro o mármol es oro y amor, solitario, en el parque.

Paseo en la mañana

El hermoso, el vivaz, el virgen hoy
cunde y desteje en muchedumbre lenta,
la luz se engarza oscura en un cabello
y el sol de tan oscuro-dulce nos sorprende.

Te brilla y multiplica en todas partes
ese giro de luz. Acá, allí, andas
y te detienes. Te apoyas, bebes, cruzas.
Ver delicado esplendor o vitales turgencias.

Aquí el negro río de los ojos, aves
maravillosas. Allí el flexible tallo que se
inclina. Su apariencia de cuerpo. Su tersura.

Allí el cabello rubio, el oro oscuro, la
codiciada piel que aman los tactos. La mirada.
El hoy te multiplica en gozo por la tierra.

Piscina

Con un ligero impulso la palanca palpita,
y el desnudo se goza un instante en el aire,
para astillar después en vibraciones verdes
el oro y el azul y la espuma que canta.

Desciendes un momento. Y riela en los visos
del cristal transparente el fuego que galopa
entre las ramas verdes, y es túnica
de seda que amorosa recoge la selva de tu cuerpo.

Te detienes y nadas. El fondo es tu capricho.
Como un solaz de algas que amase tu cabello
te complaces en verte por grutas submarinas.

Y al regresar al sol, nos miras en la orilla,
mientras, toda codicias sexuales, el agua
deseosa, se goza solitaria en tu cintura.

Labios bellos, ámbar suave

Con sólo verte una vez te otorgué un nombre,
para ti levanté una bella historia humana.
Una casa entre árboles y amor a medianoche,
un deseo y un libro, las rosas del placer
y la desidia. Imaginé tu cuerpo
tan dulce en el estío, bañado entre las
viñas, un beso fugitivo y aquel espera
no te vayas aún, aún es temprano.
Te llegué a ver totalmente a mi lado.
El aire oreaba tu cabello, y fue sólo
pasar, apenas un minuto y ya dejarte.
Todo un amor, jazmín de un solo instante.
Mas es grato saber que nos tuvo un deseo,
y que no hubo futuro ni presente ni pasado.

Querubes

Entregados al mal y a los deseos,
aman la sangre y los placeres turbios,
el vértigo infinito de los labios,
el peligro que acecha tras las curvas.
Pero su cuerpo es bello y seductores
son sus ojos como ramos de lilas,
hay huertos escondidos en sus labios,
cálidos ríos en su piel nocturna.
Todo se desconoce de su origen.
Son una raza extraña de fulgores
hermosos. Ancho dolor de deseos.
Les darías la vida como un ebrio,
porque hay rosas de amor en sus labios,
y nada importa el mal en cuerpos bellos.

Dominio de la noche

Tu regardais dormir ma belle negligeance
P. Valery

El cabello se esparce suavemente en el lino,
como un mar que es el oro si despacio amanece.
Suavemente se pliegan las pestañas, y los
besos se duermen en los labios y respiran flores.
Ignora la cintura que es sagrada la mano
que sorprende un leve ardor, la mano abandonada
sobre la piel, la distante luz blanca
que recorre las piernas y sus bahías dulces,
la extensión marina del lino que se tuerce,
las playas invisibles de la espalda. Todo ignora.
Y otra mano se expande así, muy quedamente,
y al moverse, el impulso descubre más ocultas
dulzuras. Besos. Deseos. Amor. Ignoradas bahías.
Duermes. Y yo miro dormir tu joven negligencia.

Tankas

Más aún
que sobre el agua que pasa
escribir cifras,
vana cosa es amar
a quien no te ama.

*

Si los corazones
pudiesen entre sí cambiarse
mi amante aprendería
que un no compartido amor
es cosa desdichada.

*

Oculto,
como el alga que ondula
en el fondo del río.
Así es mi amor,
ignorado de quien amo.

*

Si las noches sin ti
como la nieve que cae
han de acumularse,
con ella quisiera irme
cuando la nieve se funda.

*

Cuando veo filtrarse
la claridad de la luna
entre los árboles,

sé que con su melancolía
ha llegado el otoño.

*

Nuestro cuerpo es como el polvo
que sin morada fija
va por el viento.
¿Qué dirección tomará?
Y no parece saberlo.

*

Mirando desde la ventana

¡Cuántas cosas ignoras!
Grácil como árbol o nube,
como bahía o flor o como río,
llevas todo el amor en ti,
y no lo sabes.

Satélite del amor

The moon is the mother of pathos and pity
Wallace Stevens

Es hermoso y sagrado el reino de la noche,
lo pueblan suaves seres que maquillan sus ojos
y mezclan la tristeza con el sabor del júbilo.
Seres agrestes para quienes el amor tiene
todos los nombres del peligro. Las lámparas dejan
su ámbar por la noche. La lluvia su dulzura.
Los inmaduros cuerpos el delicado olor de su erotismo.
Rugen las motos. Cada puerta es un viaje sin destino.
Entonces tu cabello, como la piel suave de los hombros
desnudos, abunda más en bronce, se abandona a los tactos.
Son más dulces los labios. Más cálido de luna el río
esbelto y bello de tus piernas. Somos de ese reino,
donde como en Chuang-tsé, el filósofo,
se mezcla sueño y vida.
Donde amar es provocación y goce,
y un cuerpo el misticismo.

Bulevar de la luna

Ella está arriba, indiferente a todo.
Se diría inútil su presencia. Su fulgor
o su brillo, son apenas la insinuación real
de una vasta lejanía que la cumple.

Pero de ella procede la compasión y el miedo.
Protege el amor que es estéril y sangra,
y pone su transparencia fría, que quema
sí se toca, en la piel delicada del amante.

Hace oscuros los ojos de los niños. Invita
al riesgo incierto. Ama el placer prohibido.

Pone en el cuerpo joven la seducción sensual
de lo virgen. Su albo rutilar, indiferente
a todo, nos propone el amor y la aventura.
Ambigua es su belleza: Arcángel y demonio.

La vida escandalosa de Luís Antonio de Villena

¿Y qué puedo decir? ¿Asentir? ¿Negarlo?
He bajado las escaleras que he bajado
(muy en penumbra, a menudo), me he tendido
con los cuerpos que ha sido —con esos precisamente—
aunque no, desde luego, con cuantos he deseado.

Con la vista me voy, sin evitar atajos,
a los lugares aquellos que no sospecha nadie.
A ciertas horas no se llame a mi teléfono;
donde voy aquel rato no lo nombro al amigo
—ese que tiene casa y mujer y empleo asegurado—.
Lo que bebo en tu copa (he hablado de ti
todo el poema) lo adjetivo para que no se entienda.
Lo que hago contigo lo niega mi faz por la mañana.
Por la esquina maleva paso, embozado, muchas noches.
¿Asentir? ¿Negar? Sé bien que se murmura.
Pero yo no hago caso. (Y no se escandalicen los prudentes.)
Que toda vida que se vive plena es vida para escándalo.

El ciruelo blanco y el ciruelo rojo

Museo Atami

Fue afortunado, en verdad, Ogata Korin.
Gozó del esplendor de la juventud en
los barrios de licencia, frecuentó el paladar
sagrado del deseo. Ordenó sus kimonos
en la seda más fina; pintó un fondo
de oro para lirios azules. Refinado y altivo,
no olvidó sin embargo (artista como era) la melancolía
fugaz del tiempo que transcurre.
En su madurez, con audaz virtuosismo,
se dedicó sobre todo a la búsqueda estilística.
Creó lacas y biombos. Le hizo célebre
la perfección, el refinamiento de su
arte —lirios, ciruelos, dioses— decorativo.
Debió morir fascinado en la belleza,
rodeado por una seda extraña, tranquilo.
Fue afortunado, en verdad, Ogata Korin;
su vida fue un culto a la efímera
sensación de la belleza. Al placer y al arte.
Y la vida le concedió sentir, ser traspasado
por el dardo febril de la hiperestesia.
Le llamaron excéntrico, dandy o esteta.
Pero no pidió más. Sensación por sensación.
Vivir, sentir, gozar. Sin más problemas.

«Desnudez breve de la carne»

(Kavafis)

Hablan de prácticas de amor.
También de asuntos de comercio.
Dieciséis, tal vez, y diecisiete años. Magníficos y bellos.
La noche, alrededor, deja caer su luz, su música vacía.
No hay rencor en la voz ni en el gesto. Sólo curiosidades
y entusiasmo. Necesarias son las monedas para vivir,
pero el cuerpo se incendia muchas horas de júbilos vedados.
Se charla del oficio y fulge el oro de los dos muchachos.
La estricta moral condenará, tal vez.
La vida exalta el instante.
Porque enciende y brilla y es como un agua vital,
la gratuidad de la actitud, la ofrecida belleza del cuerpo
puro, la suave piel, el espontáneo ardor de diecisiete años.

Homenaje a Catulo de Verona

Un Billar es una sala mágica,
donde tapetes verdes y focos silenciosos
se mezclan a máquinas que foguean
fortunas con canicas de acero
y muchachas reidoras. Donde se dispara,
tras cristal, a liebres saltarinas
e inmensos osos que rugen. Un lugar
donde, frecuente, pasa, tentadora,
la Belleza. Como tú, que jugabas
a esto o aquello, con indolencia
adolescente, demorando tu pelo negro
y tu mirada negra, jovencísima,
y tus piernas esbeltas, fastuosas.
Pura tentación de la Belleza, no es
difícil imaginar tu cuerpo delicioso,
suave, sobre la colcha. Ofrecido,
en una perfecta desnudez cómplice
y callada. Así, delicada Belleza,
como pasas ahora entre los billares,
buscando al mejor postor o la entrega,
tras el juego feliz y la bebida, generosa.

***

¿Qué extraño don es la Belleza? ¿Lo
sabe quien la tiene? ¿De dónde procede,
cómo surge, por qué es tan oscuro su
nacer, por qué tan diversos sus poseedores?
¿En qué consiste su hechizo? ¿Y cómo
puede surgir en el denso olor de unos billares?

La noche del poeta árabe

Salimos una noche a la taberna,
y encontramos, al pasar, dos bellezas exóticas.
El cuerpo esgrimía impecable perfección
y la sensualidad no hacía distinciones.
(Lo blanco y lo oscuro, ya sabéis, se unían.)
La noche fue agradable, y el sexo
prestó a la belleza sus antiguos atributos.
Vi el escorzo hermoso de un cuerpo
en una cama, la fascinante delicia
de unas piernas perfectas, y el placer
de dormitar tan suavemente abrazados.

Era maravilloso el joven cuerpo,
con formas armónicas y ansia primitiva.
Como en el viejo cuento, cuando
el sultán desea, y palpa formas núbiles,
y sobre la túnica triunfan los diecisiete años.

Entonces pensé en ti, Abu Nuwas,
poeta bebedor y libertino (dicen),
amante de la implacable belleza
adolescente, de versos y tabernas impecables.
Pensé en ti, siempre trampeando
por las calles de Bagdad, persiguiendo
lo hermoso, enamorado de una noche.
Y comprendí tus refinamientos.

A la literatura le pediste placer,
y placer a la vida. Pero supiste encontrar
el goce más secreto, el exotismo raro,
los grados morenos de una piel,

o la mano que levanta una chilaba
para mostrar gemas y un cálido río
en que bañarse. Te entendí, Abu Nuwas,
en la noche exótica y espléndida.
Tú, que salías cada noche a las tabernas...

El tema de la rosa

Comentaban su muerte con escándalo.
El mal creció —decían— y se hizo incurable.
Pasó del recto al sexo, y se extendió
de allí al intestino. Debió de ser terrible.
Pero así acaba quien anda tanto por ahí,
con cualquiera, entregado a diario
a la peor vida. Así decían envidiosos viejos.
Y yo recordaba, en tanto, aquel maravilloso
cuerpo, henchido de juventud, bellísimo,
la grácil armonía del torso y el frágil
vigor de aquellas piernas. Recordaba
el bozo, la saliva, los labios, la mejilla...
Y al recordar no condenaba en absoluto.
Juzgaría —pensé— que es efímera la vida
(como tantos han dicho) y que el ardor
y la belleza del cuerpo en juventud apenas
dura... Así pensé, y lo entendí en seguida.

Un viejo poeta griego de Alejandría

Pasaba largas tardes en la casa,
dando vueltas, ocioso, de una habitación
a otra, demorándose en los libros, bebiendo
a ratos de su ginebra inglesa, tremendamente
descontento de sí mismo y de todo,
angustiado, oprimido, caído como un príncipe
que no tuvo su reino. Y pensaba —con el vaso
en la mano o los ojos perdidos— que es
un fraude la vida, un engaño terrible, indigno,
ruin, miserable, inhumano incluso. Creyendo,
tal vez, en el supremo deleite de no haber nacido.
Luego, por distraerse, abría el balcón, y miraba
las calles conocidas, el rumor, el bullicio continuo.
Descargadores, comerciantes, árabes, oficinistas.
Y así mirando, se iba de repente tras un cuerpo.
Contemplaba la radiante juventud de un dios antiguo.
Entonces, pleno en la emoción, ardiendo,
escapando del mundo, buscaba una cama
en un pequeño cuarto casi oscuro,
y allí (feliz en el instante) le entregaba a la belleza
su denario, al goce aquél espléndido y prohibido.

Para honrar a Ibn Hazm de Córdoba

Voy a mirarte solamente, y ni una mano
me atreveré a posar en tu cabello.
(Hay un fuego en tu piel, como de oro oscuro,
y entre tus labios jóvenes asoman margaritas.)
¡Tanto me gustas! Pero voy a mirarte
solamente. (Que además me seas imposible,
quizá; eso, en fin, es otra cosa.) Tu cintura
se aprieta como la mies segada,
y no es difícil adivinar el ardor delicioso
de tu sexo. Pero voy a mirarte solamente.
Para otro día dejaré las demás cosas,
los problemas de si puedo o cómo debo
acercarme y urgir a quien me gusta.
Hoy miraré tu esplendor hasta insaciarme,
Y el deseo volará como el ave más grande de la tierra.
¿Hablarte? Sería cortarlo. No cometeré hoy esa torpeza.

Al-Andalus

¿Quién está junto al músico?
Bajo la araña de cristal, suenan
sones antiguos, y sus ojos negros
contemplan el moverse del teclado.

Beben alrededor viejos de afeites,
y un mimo malo imita a una cantante
anciana. ¡Pero los ojos...!
Es la pura belleza con oriente,
un cuerpo justo de medida joven
—los fémores hermosos cuando anda—
con el que un pianista gordo
hace el amor. ¡Envidia de la turbia
espalda! Que si hay dinero,
allí hay también placer y hasta cariño
en medio de la colcha a flores,
el champán, y los ilíacos tersos
enmarañados (¡mira!) con la carne blanda.

Mi hora predilecta son los bailes
cuando cae la tarde. Un grato
deambular, sin hacer nada.
Y los ojos que miro, y las dulces
cinturas, imitando los pasos
de un galán americano.
Y las niñas
que sudan y que ríen en la danza,
mientras él surge otra vez en luz,
y tiemblan ellas de amor, porque
ellos le aman. (Fina delicia rubia,
con brillantes cayéndole la espalda.)

***

¿Final? ¿Cambios? ¿Batallas?
A mí me gusta este reino.
¿Dónde vivir si no? ¿África?
¿En África...?

Giovanni Antonio Bazzi, «Il Sodoma»

Sólo la calle me hace falta.
En cualquier acera hallo la Biblia.
El ángel que detiene la mano
de Abraham, o el San Juan joven
que predica en el desierto:

Jordán sus labios y palmeras tiernas.
Lo que pinto, por eso, semeja
otra cosa. Pero es la calle sólo,
la realidad absoluta de este reino.
Todo lo demás es decorado,
simplemente pretexto. Lo que yo
amo, sobre todo, es la vida, el mundo,
la juventud irrepetible, el momento
de la gracia, cruel y transitorio.

Poco me importa que ciertos familiares
no me saluden. O que de mí se diga
que bebo muchas tardes con mozos
de cuerda y pajes que se bañan
en el Tíber. ¡Amo tanto la realidad,
amigo mío, que todos creen que son
fábulas lo que pinto! Sebastián
muriente, o la Troya desolada
de la que huye el crinado Eneas.

Pero no hay nada de eso. Ojos
vistos al azar, cuerpos que amo
en una tarde. Cinturas breves
que arden como la ciudad aquella.
Soy un ladrón de realidad,

y creo bien que todo arte es rapto.
Por eso importa más el vivir,
finalmente. Y de una u otra manera,
el artista, señor, es delincuente.

Tú que eres hoy del mundo fresco adorno

Es el Tiempo quien nos obliga a todo esto.
Y para nosotros dos falta, quizá, bien poco.
Pero yo espero aún que no venga ese día,
en que visitando un pueblo del extremo
occidente —diez años, no más, para llegar a ello—
tendría que fingir no conocerte.

Junto a ti prole sana, casa con radiador,
y cerca, una taberna. Y sabe Dios qué elemental
desastre en la sonrisa (*Pasa, ven, bebe un vaso de vino*)
ocultando el esplendor antiguo que yo amara:
El cuerpo más hermoso con el color del sol,
y esos ojos donceles tan inmensos y negros
como la noche aquella en que dormimos juntos
y creímos eterna tanta fugaz pasión de camaradas.

Manjar de dioses

Cubierto de guirnaldas y exhalando aromas,
las manos forman rosas si te mueves.
Y los timbres metálicos chirrían tan histéricos
porque no roza tu cintura los cascabeles
de la perfecta silueta. Dejan correr
los ojos sus lágrimas más dulces, mientras
tus pies invitan al viaje de las piernas.
(Querría toda la retórica para calmar tu incendio.)
Las serpentinas bailan y son cintas de nube
al exacto compás que tus músculos crean.
Hiblea miel de abejas para la lengua húmeda
esa piel de cestillos saturados de flores.
(Tacto grato de sombra que la luz manifiesta.)
Yo te dejo que subas con quien quieras al cuarto.
Dulce tela más blanca donde cantan racimos
cuando me cuentes todo. Y tu dicha primero:
Los ayes que provocas, tatuando mis horas.

Oratio amatoria

Fueron dos o tres tardes de verano. Y esa noche
la primera casa prestada que recuerdo.
Si alguien me hubiese dicho entonces si te amaba,
¿qué habría contestado? Quería tus ojos negros,
el río oscuro y casi niño de tu hermoso cuerpo.

***

Otro año después, era casi el otoño. Un calor
opaco y dorado con sabor de merienda…
Y otra casa prestada a la hora de la siesta.
¿Te amaba? Me incendiaban tus ojos de africana
luna, y tu piel que enseñaba a mis manos delicia.
Y me acuerdo también de tu postura aquella,
y del fruto pequeño, escondido; y tu risa…
Te besaba. Yo hubiera querido allí morir

***

Pasó tiempo de nuevo. Y la casa prestada era
al menos la quinta. Yo te bañé de noche
y te unté de colonia (era invierno) y tus ojos
inmensos me querían. Hablábamos. Me contaste
lo de las *purgaciones*. ¿Era el amor aquello?
Un nombre que sentaba muy bien a tu belleza.

***

Estés donde estés. Te suceda lo que te suceda,
yo te deseo el bien mayor, la bondad
imposible en este mundo. Te deseo el antiguo
verano y su agua dulce. El oro que mereces,
un bonancible viaje, y el amor que sé ya
(inútilmente ahora) que entonces te tenía.

Salai

Sería tan hermoso tu irrumpir en mi vida…
Una mezcla muy dulce de fuerza y de ternura.
Esas palabras bruscas que dices a menudo
(muermo, lefa, de bute, toña)
para hablarme luego de mí, pausadamente,
o contarme tus lances de estudios y deporte…
Podría alguna vez exagerar contigo,
y en íntimos momentos, cuando tu pelo baila
y tu cintura en la caliente sábana, decirte:
No pareces real, y te brillan los ojos como una joya
antigua. Y tú me callarías, sonriente, en la penumbra.
No entiendes, a veces, por qué hago o digo alguna
cosas. Y lo que leo, otras, te parece tedioso…
Y yo tampoco sé por qué te gusta fingirte duro,
a ratos, tosco (que no lo eres) y hacer chanzas
obscenas con amigas, en noches imposibles…
Ocasiones te encuentro enfrascado en los libros,
y me dices que lees *Las hazañas de Arturo y de sus nobles pares*. Eres una mezcla de rubíes y lodo,
de pasión y dulzura, y te amo sobre todo en esos
días claros, calurosos, en que tu cuerpo brilla como
un regalo soberbio junto al agua, y a tu andar
tienen sed los que se bañan y mis ojos te tejen azoras
sin saberlo…
Joven rey en un país de muertos,
que vendrás a salvar, rudo y bello, mi vida.

Inicio de primavera

Es sin duda una época cruel,
porque exacerba la belleza y su ansia,
y nos echa a la calle sin motivo
y pone por los árboles guirnaldas...
En mañanas grisáceas somos más perezosos
que otras veces, pero si brilla el sol,
nos acomete un tremendo deseo de vivir
más al sur, y de perder el tiempo
entre cuerpos y playas, trasnochando...
La felicidad se pone —de repente—
al borde de la mano, y el aire huele
a menudo, al mirar juventud,
como las sábanas olían la tarde aquella
en que —tras tanto ardor— ya solo,
recordaba yo tus diecisiete años...

Le poete de dix-sept ans

Ausente y raro, te dirán muchas veces.
Melancólico, vago y, quizá, *pervertido*.
Alguien (también) te mirará los grandes ojos
azules, pensando, *un nómade exquisito*.
Es extraño, se dirán, que lea tanto
y saque tan poco oficio; y que simulando
escrupulosa timidez, perfecta cortesía, llegue
a casa tan tarde, de no se sabe dónde,
acaso sin camisa y el mirar vacilante...
Y ahora caes en la cama recordando
las páginas leídas de Novalis, un caballo
nocturno galopando en el mármol, mientras
ella accedía a las tardes oscuras —contigo—
de Venecia: Dos leones dorados en el palacio viejo.
Y los vinos bebidos, y el ron en los bares
de barrio, y los paseos sin rumbo entre
las avenidas vacías al filo de la madrugada...
Mientras la mano larga va del cabello rubio
a los labios perfectos y al imberbe claror
de la mejilla, el sueño convocando.
Serías Perceval en los fuegos de Nietzsche.
Chatterton, tal vez, en el lienzo de Wallis
(por el cabello y por el cuerpo largo, como
prerrafaelita). Tiene mucho de tópico romántico...
Hay *razzias,* vagabundos, hermosura, poemas
abrasados al teclear la máquina, una lluvia
de plata por la piel al tocaros, y los ojos pausados,
llenos de tanta luz, al hablar con amigos
(otra tarde) de proyectos y líneas en futuro...
Imposible, te piensan, y tan inmensamente

fácil: Un piso sin muebles, y las llamas y el marfil
desnudo. ¿No ves la Luna arriba?
Demasiada erudición (dirán otros) en un paso
inseguro. Desconocen el tema del ensayo.
Ni sofocos de *jazz,* ni ensueño en Selinunte.
Acaso seas también fugacísimo y breve.
Pero dormido ahí, la ropa retirada sólo
a medias, gozando tantos sueños e ignorando
tu fuego, nos salvas hoy el mundo:
El gozo, la pasión, la luz, la insólita alegría...

Bares

Ni vivir ni morir. ¿Qué es lo que queda?
Un vago sur allá; cuerpo sin geografía.
El agua dulce de un sol que nadie ha visto,
y un mar que baña sólo risas sin tacto alguno.
Sumido en humo azul de atmósfera cerrada,
con olor a tabaco y a perfumes desechos
y artificiosas luces que niegan rostro o calle;
calmado en un glaciar de ginebras trucadas,
la música te envuelve con mares de basalto,
y hay farol de papel y reinas de albayalde...
Ni vivir ni morir. ¿Qué es lo que queda?
La imposible añoranza de un sur de dioses rubios.

Razón de amor

Contestaré a tu pregunta:
La verdad es que historias de amor,
lo que se dice *amor,* yo no las he tenido.

El bellísimo amor coronado de flores
que arrastra al peregrino
(véase Geoffrey Chaucer, y el cuadro de Burne-Jones),
el amor que hace al alma brotar alas,
el amor constante más allá de la muerte,
el que obliga a escribir a sangre y tinta:
de vos no quiero más que lo que os quiero,
ese (posiblemente) aún no lo conozco.

Y me pregunto ahora qué me falta
(o qué me ha faltado) para ello.
Porque la pasión me ha raptado a menudo,
y he tenido locuras y delirio
por cuerpos muy concretos. Y con ciertas personas
(aunque pocas) una leve inclinación sentimental
hacia algo más allá, desconocido,
empantanado luego en tal o cual laguna,
charco, aburrimiento,
que sería largo y sin gracia narrar ahora.
Tú entonces me decías:
Debes seguir, empeñar algo, insistir de nuevo.
Pero no. Me faltaba (y me falta)
el arrebato ese, que dicen, del amor verdadero.
¿En exceso he gustado la belleza física
o —platónico impenitente—
la quiero concordar con un alma perfecta?
Y es que el amor —lo que se dice *amor*—

llega muy pocas veces, aunque se obstinen tantos
en convertir el *aureus* en moneda corriente…
Porque debe la belleza picar dentro del cuerpo,
y debes sentir cómo las alas surgen,
y volar hacia arriba, y encontrarte a ti mismo
(diferente) en codiciable espejo.
Mas puede también ser que el amor —*incipit*
vita nova— no te aparezca nunca.
Pues antes lo tuviste, o —es justicia—
habrás de tenerlo luego.
Goza en ese caso de los mensajeros. Acepta
el cariño, la leve disposición al fuego…
Las camas (si es posible) y los hermosos cuerpos.
Pero ten presente (y ahí estoy contigo de acuerdo)
que eso no es el amor.
El *verdadero* amor, coronado de yedra y de violetas,
el muchacho de sandalias doradas,
que llega, como Alcibíades, al final
del discurso y del banquete, ebrio en la oscura noche,
hijo de Poros y de Penia,
gozoso, joven eternamente, limpio y puro,
y *da per li occhi una dolcenga al core*…

1974

Eran días de luz y novedad
(no importa si también había sombra).
Y con sus ojos negros el Amor
parecía acecharme de continuo,
y tras cambiante antifaz me contemplaba.
Sentía emociones muy nuevas, a menudo;
al final del verano apareciste tú,
y creo que algo intuí tu milagro cobrizo...
Eran días de luz y novedad
y se vestía Amor con raso de Belleza.
Es cierto que la vida trae siempre cosas
nuevas; pensamientos, amigos, horas gratas..
Pero se pierde mucho, es la verdad
también, y quién sabe por qué,
todo va pareciendo día a día más pobre.
Hay mil cosas posibles que no te
llegaron a suceder del todo, y mil
rostros amables que dijiste *mañana,*
y se desvanecieron. Se ríe de nosotros
el Carnaval Invierno, y el sol de aquellos
cuerpos nunca jamás retorna...
(Sobre el estanque quede la marchita
corona, y trabaje el recuerdo de tus ojos
tenazmente, para días de soledad y nieve.)
Vivir es ir perdiendo, irremediablemente…

Al sur, en una pequeña ciudad provinciana

Me iría, como tantos han hecho.
Aún me pregunto qué me retiene aquí.
Y me imagino paseando aquellas calles
donde llegará el olor del mar y el del campo.
Recorriendo, un poco ocioso, aljamas
y juderías, y bebiendo —a la tarde— el vino
caliente de las tabernas. Charlando
de pescado y flores, con vecinos. Ofreciendo
cigarros y guardando para mí las alegrías
más íntimas: La cabeza vista en el Museo,
las páginas del libro leídas por la noche,
mientras el sueño me llega con murmullo
de mar, y arde entre los labios la metáfora.
Tardes bajo el parral en los veranos,
noches en la campiña con olor de cuerpo
y de retama, mañanas marinas con
el brillo de un metal ardiendo el aire.
¿Qué ha sido de él? —Preguntarían.
A mí me pareció siempre un tipo raro.
Y me imagino paseando aquellas calles
entre vaho de jazmín y de albahacas.
Pequeñas calles moras con sillas a la puerta,
donde hablo con la mujer del precio de la compra,
y un muchachillo oscuro me sonríe:
Juan, al que ayudo en sus deberes por la tarde.

***

Hacia el sol y el sur el camino es muy largo.
Hay que despojarse y enriquecerse de muchas cosas.
Pero no tengo miedo. Sé que me hablarán las gentes
que amo, y que no me faltará un cuerpo joven

en la noche de invierno. Primigenia belleza
que ya admiro: Vello y joyel como un poema
leído en Ibrahim Ibn Sahl, musulmán sevillano.

Paiderastein

(Fragmento para una Oda)

A vosotros, sobre todo, los más desgraciados de los hombres.
Porque aspiráis, con amor, a la contradicción suprema.
Porque pensáis durable lo efímero, y anheláis lo fungible
quieto. Porque buscáis la luz total, la armónica
coincidencia de lo opuesto, la suavitas, lo puro, la inocencia,
y os otorgan condenación y barro, hampa e impureza...
A vosotros que anheláis el día claro de Platón,
el tiempo inmóvil de la Mística, la táctil consagración
de las metáforas —vaso espiritual, casa de oro— y se os da
la sordidez del tugurio y la tristeza de la Ciencia.
A vosotros, diarios agonistas, conocedores profundos
de la irrealidad del mundo, de la radical injusticia
de lo vivo, intuidores perfectos de un más allá oscuro,
a quienes sólo se concede, como a reyes caídos, el desprecio.
A vosotros, ansiosos de lo imposible, sedientos de ideal,
manos tendidas a cuanto es más bello y adorable,
que de la forma carnal eleváis un dios absoluto y joven,
metafísicos de lo real, adoradores, ángeles, ascetas,
obligados al llanto en soledad, al cercado silencio,
o a la muerte liberadora, atroz, violenta a menudo.
A vosotros, sórdidos en la noche del mundo y siempre
aguardando. Noche...

El engaño de los cuerpos en días de verano

Volver atrás; al imposible amor.
Volver a llenar cuanto desperdiciamos.
Seguir dos horas más contigo
en esa tarde. Mirarte aún más los ojos.
Dormir entera contigo aquella noche.
Y volver también a lo que tuvimos.
Volver, sobre todo, a tu increíble hermosura,
es cuanto quisiera esta tórrida tarde.
Porque anoche, ayer, esta mañana,
he buscado tu cuerpo en cada cuerpo
bello —como el amor, como el deseo hermoso—
que veía entre el sol, junto al agua…
Y aunque me cuenten de ti
tanto final, tanto lo que ya no eres
(mentiras y verdad mezcladas)
y que persigues ahora lo que
tú mismo fuiste en otras ciudades;
hoy sueño enfangarme contigo otra vez,
amarte como si todo empezase
de nuevo; este mismo verano, aquella tarde:

Seas tú quien seas, tuyo sólo
el codiciable cuerpo alto y suave…
Imposible forma, al amor cerrada.

Honor de los vencidos

A Jesús García Sánchez

Fue muy alta la apuesta, era muy alto el deseo.
No se trataba de acomodarse, de acceder a una vida pacífica
sostenido por la dicha doméstica o el ámbito del nacimiento.
No era pasar la vida sorteando las mínimas
e ineludibles dificultades, meandros, ínfimas trochas,
y hallando alrededor un jardín podado y reluciente.
Aclimatarse a una parquedad de clase, ni escalar
lo que denominan cima: Igual vulgaridad con mejor traje.
Buscaba un empeño más alto. Convertir el deseo en carne,
vivir en un fuego constante, pero no consumirse,
hacer con lo imaginado una cotidiana púrpura.
Mutarse en los mil que el yo contiene y danzar entre ellos.
Tocar placer y sabiduría y belleza con los dedos.
Transformar lo que el arte presiente en un acto inmediato.
Un frondoso jardín cubierto de deidades y de emblemas.
Fue muy alta la apuesta, era muy alto el deseo.
Y aunque no se cejó nunca. Y aunque todo fue siempre
ascender la montaña, la nieve amoratá los párpados
de frío, el barro encenagó los pies y las sandalias,
hubo sórdida ventisca, y los sentados en humilde sillón,
en el segundo piso o en las azoteas (inquilinos iguales)
escupieron al que pasaba, rieron de sus lunáticos ojos,
y chapoteando en tan pobre condición,
ninguno entendió nada.
Pero con ser terrible el suceso,
no radicaba ahí la importancia.
Es que el camino no concluía nunca, es que el fuego,
muchos días, no quemaba. Es que al palpar los labios
del ciclamen se deshacían... Porque detrás del deseo hay

lluvia, y detrás del jardín se busca otro Jardín,
y otro deseo al sol, y otro cuerpo que arda,
en similar materia, y que no dañe.
Frondas de aquel huerto que adivinaban las noches del verano...
Fue muy alta la apuesta, era muy alto el deseo.
Y aunque el ansia de altura no se pierda, aunque no se amengüe el valor que se juega ni un único instante,
aunque con brillos se conjure el caer de la nieve,
y nada importe la mezquina sandez de los tibios
o los aposentados, y siga el peregrino buscando
el arduo sol, ya no se engaña, tiempo hace que sabe
la verdad, su alta cima:
Que es falso el *vencedor, y* que vence el vencido,
y que sólo la Muerte, la gran acogedora,
conforta al *derrotado*.

Días de ocio en el país de Yann

¿Qué verano fue? ¿El del 78, el del 79?
Hubo días —¿te acuerdas?— en que parecía no existir
el mundo. Quiero decir el trajín, las guerras,
el crimen, la política, la constante mentira que se nutre con
todos... Como si el sol —dijéramos—
lo envolviese todo. Sólo el latir de la sangre
en los miembros, la noche que se abría como
damas de noche, su perseguido cuerpo tan silvestre
y tan dulce, untado aquel amanecer de pachulí
o frambuesa que lo hacía imbesable ¿te acuerdas?
No existía el mundo ni el tiempo (fueron cuatro
o cinco días, acaso seis seguidos) en que la vida,
eso que llamamos vida —la pasión de los labios,
el corazón ardiendo, la embriaguez de las horas cuando
rompe los límites, un júbilo de sol y de cuerpo
asentido— la vida, coincidía por entero con los vivos,
y vivir era exactamente igual que estar viviendo.
Te lo conté, Higinio, ¿te acuerdas?
Un verano, hace tiempo...
Y se me ocurre ahora
(ahora que noto de nuevo —ponme otra copa, sí—
que huele ya a fin de invierno, y tal vez
tornen a ocurrir días milagrosos como ésos) pienso,
fíjate, que la plenitud de estar vivo debe parecerse
enormemente a todas las demás plenitudes:
El gran amor, el gozo de ser otro,
el hondo fin en que un dolor se muda,
y sobre todo a estar muerto. La plenitud de estar vivo
debe ser casi igual a la muerte. Pues morir (o vivir) es sólo
desentenderse del mundo, de su miseria, y del tiempo.

Sobre un tema de Berkeley

De pronto una garganta juvenil,
y ya somos el polvillo de la arena futura.
Comprendemos, de instante, que hay un día
de sol perfecto, pero que el dedo acaricia
aire caliente, o no acaricia nada...
De pronto su mirar de un agua verde,
y de golpe entendemos que el emperador Otón
y los tantos emperadores del Sacro Imperio
podían ser una inmensa armadura de plata,
y armiños blancos y color de luna.
Pero que los caballos pisan barro en Italia,
y las láminas chapadas rechinan con estruendo
y la nieve al caer moquea y enrojece
las narices y los pies del emperador
y de sus tantos soldados...
De pronto el exacto dorado de su cuerpo,
y por mirífico saber, conocemos
que existe un esplendor, una moneda gigante,
el portento de un minuto que dura veinte siglos,
y un cuadro de luz, donde Baco danza
coronado de pámpanos y adelfas,
y vierten leche dulce la piel de sus zagales.
Pero los siglos pesan al minuto siguiente,
y el sonar del agua echa por tierra el goce
y la llanura revuelta de la luz yace manchada...
De pronto una garganta juvenil,
y el mundo se forma, se ordena, se deshace.

De noche, en la terraza de un ático bellamente decorado

Me doy cuenta ahora que se ha desvanecido
el mes de Julio (comentaba, entonces, Sara de Gonzaga).
No lo he notado casi. Dos o tres días me fijé
en la luz. Y aguardé que sucedieran cosas
que propiciasen una noche interminable. ¡Y tú sabes cómo
he esperado yo el mes de Julio, qué anhelante!
Esas mañanas solares en que todo resplandece
y se diría el tiempo detenido, pero pleno de vida.
Las aventuras de esas noches en que uno no desea
dormir, esos encuentros fugitivos de las noches de Julio,
queridísimos cuerpos bañados de sudor y colonia...
Y entrar en la cama (de regreso) cuando va a clarear
y los pájaros del jardín parecen completamente locos...
Sara prendió lumbre al cigarro, e hizo girar
después (era costumbre en ella) sus cuatro o cinco anillos.
Y esta vez —añadió— este año, ha sido como si nada
hubiera sucedido. Dos puntitos de sol y una apetencia
nocturna que ha quedado vacía. ¡Yo había
esperado tanto este mes, Luis!
¡Y ahora tardará tanto otra vez
en regresar el mes de Julio! ¡Tardará tanto!
E hizo ese gesto que hacen todas las mujeres que aman
mucho la vida (un chasquido de dedos, el rictus de una ceja)
cuando se saben solas y ha huido otro cuerpo que querían.
Suspiró largamente, sonriendo: Pero todo es así, amigo mío.

El paso de la laguna Estigia

A un lado del bosque —por la orilla—
veía extraños fuegos y gritos espantosos.
(Digo bien: *Veía* gritos, porque nada oía).
Era el aire melancólico y sombrío,
y lo cruzaban pájaros de color ceniza.
No puedo decir que sufriera exactamente,
era una sucesión de agobio, pesadumbre, angustia,
como queriendo llorar y sintiéndote solo.
Al otro lado del agua (un agua esmeraldina,
profunda, portentosa) se distinguía apenas
otro bosque, y una ignota claridad desconocida.
A la vera del agua (sin rumor, pero móvil)
había un viejo desnudo, con crespa barba blanca.
Le dije: ¿Cuál es la verdad, dime;
qué debí haber hecho? ¿Retirarme de todo,
vivir remoto al mundo, en la paz de las sierras?
¿O arder en las batallas y zozobras,
intrigar, morder ansia, escalar arduamente,
herir al semejante con ponzoña enconada?
¿O simplemente entregarme a la carne,
hundirme entre los cuerpos día a día
mientras seca la lengua siente un vacío instante?
¿Qué debí haber hecho? ¿El poder, la soledad,
el amor, el triunfo? ¿A cuál dedicarse?
Y el viejo no se inmutó aunque yo temblase.
Respondió: Cualquier cosa que hicieras, es lo mismo.
No hay verdad aquí. Nada es verdad segura.
Si buscaste el sosiego —sólo eso— ya es mucho...
Esta es la única verdad, siguió. Y me mostró
una barca. Esta de ahora es la sola verdad
de cuanto existe. Y me tendió un vaso de agua clara.

Toma, añadió. Me cogió la mano. Y sentí un blando
frío en los pies, al mojarme, subiéndome a su barca.
Al fondo, un raro sol, como violeta y rojo,
que no daba calor, parecía la sangre cuando mana.

Epitalamio de Leandro y Hero

Al fondo suena el mar, y aquí se tuerce el grisáceo
humillo de las velas muertas. Es pequeña la alcoba
(dirías habérsela prestado muchas veces). Por la ventana
entra el lácteo deseo de la Luna. Menuda y rubia,
sus pechitos se estiran como guindas muy frágiles.
y en el centro del pubis arden hierbas de junio.
Oscuro y tenso, brillando al movimiento, a él le acrece
el deseo, mientras cae su cabello sobre boca que espera.
Es torpe el tacto, y tibia la caricia y sabio el roce ardiendo.
Tan diversos e iguales —jovencísimos— gimen, balbucen,
buscan y sobre la piel imberbe hay un escalofrío
de gloria ya alcanzada.
Ropas por los rincones, arrugadas.
Y la mar que, en el puerto, se levanta.

***

No es el fulgor del acto lo que envidio. Ni la belleza
de esos cuerpos trigueños, armoniosos, duros.
No al divino púber ni a la niña.
Yo, querida Sara, quisiera ser los dos al mismo
tiempo. Juntos cuando el beso es total. A la vez, uno solo.
¡Es tan hermoso contemplar la escena!
Me gustaría que fuesen siempre tan jóvenes y bellos.
El dinero que les damos es símbolo, una ofrenda.
No sé tras cuántas muertes será cierto mi anhelo.
Sé, eso sí, que sólo un alto afán me cumple.
Tan dulce es la raíz de mi tormento.

Filósofo de Cirene enamorado del amor

Y es que la belleza, en efecto, promete un infinito.
¿Qué ves en el hermoso cuerpo joven?
Como un día al comienzo del verano —contestó—
cuando todo es brillo y delicia.
Y la carne vibra en éxtasis dorado,
y se balancea el pelo juvenil
como las ramas más altas de los árboles,
y semeja que el minuto aquél no tendrá fin.
¿Pero no hay más?
¿No notas acaso tú, como si el cuerpo bello
fuese la frontera de otro reino?
Es eterno, te dices. Y promete además
un mundo donde la perfección será costumbre.
Y le ves brincando en la dulce alegría de sí mismo,
como un quimérico país donde el sol más benigno
y la hierba y el río jamás terminasen…
¿Ves solamente la belleza del cuerpo?
¿La armonía del torso, la flor de la cintura?
Miras también tus deseos eternamente vivos,
tu antiguo cuerpo joven siempre igual a sí mismo,
la amistad perdurable con nobles camaradas
en inmóviles días de luz y primavera,
y el continuo torrente de la sangre detenido
con él, en el momento álgido
en que pasión de piel, espasmo entre los brazos, significa
también felicidad, amor,
perfección de lo exacto, inmutable placer
en que vive la mente su carne como espíritu…
El cuerpo juvenil es mucho más que él mismo.
Permanente promesa que se cumple en promesa,
mundo de plenitud vivido en luz del mundo,

júbilo de su tacto, oro, sed, perfumes,
como si el aspirar, el palpar, la bebida,
el vuelo portentoso no concluyesen nunca...

Y es que la belleza —repitió—
promete, en efecto, un infinito.

Intento rehabilitar la dicha

I
Era un sábado oscuro de febrero,
cuando al abrir la puerta de aquel piso
al que nunca volví, descubrí yo mi vida.
Había lámparas levemente encendidas,
tintinear de vasos, usuales marcas de alcohol
a la lumbre de los cigarrillos...
Y una música dulzona y no muy fuerte (no estaba permitido)
reptaba entre las piernas, llameaba en el pelo
corto del más joven, se agarraba en la mano
a la común cintura, hacía brillar los labios,
hermanando palabras bisbiseadas entre botones
y el florido percal de la tapicería...

Supe entonces que la palabra gozo no puede
pronunciarse, que es el agua rebosando la copa,
una inmensa claridad dentro de ti que no percibe nadie,
donde salta el miedo como duende con cascabel de plata.
El miedo por haber traspasado la frontera del nombre.
Por la mano que va a tocar la llama...
Como fuera del mundo, pero abrazando el mundo
enteramente, yo ardía en aquel ámbito,
y besaba mis labios al besar otros labios, blandamente.
¡Y todo era muy nuevo, y todo en mis sentidos relucía!
Pero no es el recuerdo lo que busco, es el instante mismo.
Saber si otra vez me será dable similar alegría.
Decirme que no se ha roto el vaso. Que la luz
aún pervive en el hondo candil, que existe todavía
la plenitud del bosque...
Y que el gozo de la pura
alegría de sentirse vivir, el gozo de la idea

tocando realidad, que el deseo hecho carne,
no es tan sólo una noche en la vida…

Y nos veo abandonando el sombrío portal de madrugada,
y siento el aire cómplice con nuestras tenues risas,
y retornar a casa como sólo un milagro de la luz,
ufano de saberse en la pasión de un instante vivido,
bendiciendo al cuerpo, y bendiciendo el futuro que no había.

II
Habíamos comido sandía al entrar en la ciudad,
aquel atardecer de un verano, junto a las murallas.
La noche cayó sobre una estatua del Dante
entre un aire suave y los trinos de Verdi o Donizetti…
Dijimos a un tiempo: Esto no parece real.
Y luego: No os extrañe si lloro…
Jamás he sido tan joven como entonces. Porque decíamos
que era una cálida noche del divino Julio
y que aquello era, como nunca, a nuestro derredor, Italia.
Los cuatro palacios que enmarcaban la plaza,
la efigie del poeta bajo la inmensa luna,
los arcos, las loggie, las arias y su melodrama.
Y aquellos muchachos que querían llevarnos
a un concierto de rock…
Yo pensaba que el Amor vendría a asaltarme
en una esquina, junto a la casa inevitable de Montesco
Aquel Amor con la melena larga y camiseta Wrangler.
Aquella noche que sería eterna…
Y recuerdo que mientras andábamos las calles oscuras
nos decíamos: ¡Hay tanta belleza aquí!
Y no alabábamos los cuerpos presentidos ni la Historia.

Ni importaba que muy poco sucediese, antes
de regresar de madrugada a la casa extramuros...
No era sólo la audaz poesía de los nombres.
Ni unos versos del Dante brillando entre su pelo,
(e ragiona d'amor sí dulcemente
che face consentir lo core in luí).
Es que todo era posible en esa noche.
Y el viento, y su color y las palabras cultas,
y los jóvenes cuerpos, y la música leve,
y la promesa de una dicha con terrestre
sabor y carmesí, me repetían: Ama, suspira...

Ya que nunca volverás a ser joven como entonces,
pide a la música hoy que te devuelva a Verona;
y en cualquier esquina de esta triste ciudad
ponle un pendiente de plata a aquel lejano amor,
y olvida que perdiste otro cuerpo imposible...

III
Recuerda ahora aquella tarde de la isla.
Y cómo la ansiedad de cuerpos ofrecidos,
el radiante sol, y los tonos del mar entre los farallones,
pero sobre todo el cuerpo, la gloria del cuerpo allí viva,
te hicieron olvidarte de comer,
y subir —ya declinando la luz— hasta tu Hotel,
desde el gozo de la Piccola Marina.
¿En qué pasó casi todo aquel día?
Sólo recuerdas inmensos ojos negros,
al que nombraban Ciro zambulléndose al mar
desde alta roca,
y el vello rubiáceo y leve de unas piernas

que el sol curtía.

Y la arena amarillenta de playa diminuta,
y los muchachos que andaban y jugaban y subían,
y la yanqui con gafas de carey como dos corazones…
¿Qué hice todo el día?
Sólo recuerdo sol, claridad inaudita
como melena inmensa derramándose rubia.
Y aquellos cuerpos bellos que son un solo cuerpo:
Como si al aire todo lo colmase esa carne.
En la atmósfera sol, y sol en la piel,
y sol en mi memoria.
Yo no hice nada aquel día.
Deambular bajo la luz, embriagarme de cuerpos,
refrescarme en el mar, olvidar que el tiempo existía.
Viví solamente. Y de ese lado no brotan las palabras.

Entregado a la vida como si sólo hubiese vida.
comprendí —sin voz— que todo el placer estaba para mí
y que todo el gozo me esperaba…
¿Estorba la memoria? ¿La memoria consuela?
¿O la memoria sacia?

IV
Hoy diría que fue una gota de Tiempo puro:
Tiempo sin tiempo, aquella noche de diciembre
en que, años atrás, nevaba…
Recuerdo un local nocturno en un barrio elegante.
La música deslizándose, la dulce trivialidad
de los ociosos, y un halo de juventud innominada.
¡Qué extraño licor nos hervía en los dientes,

pues reíamos, mientras envueltos
en grandes abrigos veíamos caer la nieve?
No tuvimos deseo de retirarnos ni echamos de menos
un tibio hogar recogido;
sino que —cual si en un salón de baile nos pasasen,
entre el girar, copas de hilarante bebida—
danzábamos y reíamos, juntando la nieve blanda
del capó de los autos, saliendo del local, bebiendo
aquel placer, cálidos, dichosos
a las dos o las tres de la mañana..

Y alguien nos abrió su casa
(una lujosa mansarda con fotos de príncipes)
donde los muchachos franceses,
mientras fumábamos todos,
prepararon un ron al estilo normando.
Y sonaba la música, y hubo tactos y risas
y esas conversaciones —alcohol por medio—
en que la más sutil metafísica de amor
carece de importancia, y es a la par terrible...
¿Se desnudaron? ¿Hablaron de su vida?
¿O bailamos, simplemente bailamos sin movernos,
ebrios de nosotros, de la noche, de la nieve
que caía helando, como si fuera todo un gran palacio
constelado de luz y de cristales?
Retornando a mi casa,
las calles estaban completamente blancas.
Y el frío era más fuerte y la nieve más dulce,
y el coche avanzaba imposiblemente, resbalando...
Y nosotros reíamos alegres, jubilosos,
yo envuelto en el abrigo junto al francés sin nombre,

cual si sonasen violines fascinantes
dorado ardor brillando en las pupilas
y no existiera mañana.
Pero un instante —casi llegando— entre las calles blancas,
y el júbilo nuestro y la soledad inmensa,
sentí un suave amago, un punto de melancolía...
No fui menos feliz por ello, y entré gozoso en casa.
Mas ahora sé que aquel toque era el Tiempo.

El Tiempo que cerraba la puerta y que se iba
para que hoy —tantos años después—
sepa que fui dichoso allí...
(Nieve, beatitud, señoras de antaño...)
Porque el Tiempo se escapó del tiempo,
y no sentimos que importase nada,
más que aquellos instantes vivos
y el violento perfume de nuestra propia gloria...

La felicidad nunca se posee cuando se anhela.
El Tiempo no lo eliminas voluntariamente.
Y pues el ansia está ahí, y el deseo está ahí
y el fuego brilla todavía,
hay que morir de sed
—morir de sed— junto a la fuente.

¿Qué sabes de la noche centinela?

Tú que aspirabas a vivir continua diferencia,
hallaste que sus ojos hermosos no eran aventura.
Y oíste las mismas palabras, evocación de la ebriedad
con idénticos gestos, el culmen del mundo cifrado
en esa consecución de vasos y de droga barata...
¿Hablas de la caducidad? La alegría salvaje,
la gloria primitiva, son verdad sólo en su primer momento
Recorriste solitario algunas calles desiertas,
recordando: En el lugar más alto estará lo que quiero.
Y a ti que te ha encendido la belleza del mundo,
te sumergiste entero entre lampos de fresa y titilar de oro.
Hablar del esplendor es vano intento. Mas cada cual
se anubla en el de al lado, y se pierde la hoguera
en anónimo fuego: La belleza aquí se repetía.
¿Qué busco yo, dijiste, con un vaso en la mano?
Participar de un cuerpo cuya entidad se esconde.
Sonaban las botellas entre las luces tibias.
El repetido alcohol de casi seis estaciones recorridas.
¿Adonde mirar? ¿Y hacia dónde mis ojos?
Tampoco anhelo añil amanecer junto a una carne
rubia, que dormirá en sus flores intocada y morbosa.
Sinuosas cintas de innumerables barras,
trasiego de palabras gastadas por la lija,
y el vidrio que me impide coger lo que no sé si quiero...
No es *Nadie* el nombre del que corre entre la sombra,
ni Odiseo el que repta entre siete cubículos.
Uno sólo es su nombre. Llamadme ya *Mendigo*.

Temas crepusculares

Las primeras ilusiones que se pierden
(y hablo de sentimientos)
mueven mucho aparato de tragedia,
pero en realidad, qué poco importa.
El jersey roto se sustituye por uno nuevo aún mejor,
o cuando menos, y a nuestro parecer, aún más hermoso.
La verdad es que en esos momentos
la vida pugna por salir, el agua es clara, se cuela la ilusión
(vivaz y alegre aunque se derrumbe y vuelva)
por todos los resquicios, por todas partes.
Y el crepúsculo no es sino la esperanza de un día nuevo.
Pero después (lo sabes) es distinto.
Se cruza el horizonte como sin darse cuenta.
Se tacha un teléfono (o te cansa la voz)
mas no hay con quien sustituirla.
Y cuanto queda en lejanía,
ese te llamaré dentro de dos semanas,
que tú hubieses querido inminente y ahora,
saber que la novedad se vuelve cuesta arriba,
y que a menudo no se cambia el jersey
sino que se acude al arte muy pobre del remiendo;
todo eso te va llenando de nostalgia,
te va tornando irremisiblemente más absurdo, más lejos,
y cuando recuerdas cómo te ilusionaron ciertas cosas,
el gozo que viviste tan intenso,
tantas puertas biendispuestas por delante,
has de decirte que ya no eres aquel,
le preguntas qué ha pasado,
pues no hace aún mucho tiempo,
y cuando intentas colocarte la vieja máscara,
no cabe, los rasgos no corresponden,

¿y sutiles variaciones, pero definitivas e ineluctables.
Así es que sueñas quedarte en una isla
empiezas a ser escéptico con el futuro,
ce riñes de añoranza, no te importa rebajarte
para pedir amor (*cariño*, acaso, que es palabra más débil)
aún esperando ya —y casi de antemano—
las dos inevitables semanas (perpetuas)
que habrá por medio.
Y aunque veas que todavía brilla el sol,
tú dices que ya no es como antes.
Y cuando los chicos se marchan de la isla, anocheciendo,
al que (como tú) pregunta sí no es muy duro quedarse solo,
le respondes, sirviéndote una copa y con triste sonrisa,
esa frase que tanto has estudiado, esa frase tan tuya:
Querido, pero si todos estamos solos. ¿No lo sabes?

De negros cabellos y hermosa mirada

Comentan algunos que son dos las diosas.
Es perfecta una, maravillosa y fría
y jamás otorga nada que no sea su esplendor o su hielo.
A veces creo haberla adorado ya demasiado tiempo.)
Pero la otra, cuya esencia es el fuego
y la ternura, juega a esconderse de nosotros
y propala por ahí que vive muy adentro,
en el remoto final del corazón del bosque,
y que viste de harapos,
y va sucia y fea.
Y hay quienes, por ello, asaltan a mendigas por la calle,
y se afanan tras vasijas de barro,
cuyo fondo dorado no se les muestra nunca.
Como hay también quienes descreen de esta diosa,
y miran sólo (despreciando a la falsa harapienta)
¿ la otra sublime, glacial y alta.
Dicen: No, sólo hay una diosa, y ésa nunca
responde a las palabras.
Mas ni sabes también que se equivocan.
Y ahora ya —después de sus brazos
y de su lengua dulce, después de su suave amor,
aunque tan rápido acabara—
sabes que hay una sola diosa,
aunque tenga (a nuestro pobre sentir)
diversas, muchas y contradictorias máscaras.

Por quienes aun persiguen esa dicha

Cadavérico parecía: Alcoholismo, desorden,
económicas quiebras, disfortuna, los años,
todo le había jugado una mala pasada...
(Fue un tipo cordial, antaño, que aspiraba
a ser feliz, y buscaba el amor, como tantos.)
Reapareció ese día. Sí, semejaba un difunto
oculto por la barba, enteco, vivaracho, mínimo,
con los ojos hundidos, y cierto aire fugado
y muy lejano de quien mucho ha sufrido...
Dijo que tras tantos tiempos malos —terribles—
con tino comenzaba a reorganizar la vida.
Dos días después, y semanas pronto,
y meses a lo que veo, estaría donde
anoche estaba: Como antes del derrumbe existía.
Perdido entre los bares más oscuros y fríos,
callejas de madrugada hacia adelante,
sórdido alcohol, esquinas, ladillas de más
húmida sauna, y pensión clandestina...
¡Tanto esfuerzo por salir del hondón, tanto
visible dolor, para tornar a similar caída!
Buscando la felicidad, como hace tantos años,
en lo efímero desvaneciente, en la escena fingida,
en la misma ficción que le arrojase al pozo,
en la belleza que nada da, pues nada tiene.
Destartalado al filo de las noches y el lince,
ebrio, tropezando, absurdo, como si el pensado
delirio de un cuerpo, como si una carnal
imaginación, tuviesen realidad o fueran posible...

El amor es siempre de veras

Ocurre después de las miradas y la complicidad
en silencio. Ocurre, acaso, tras una copa,
donde siempre se pregunta por la vida
—la suya y la tuya—
y se cuentan cuatro vaguedades y alguna intimidad
de confianza. Ocurre porque suena como el click
de un mechero (aunque habréis fumado ya
cinco o hasta seis cigarrillos)
y ese sonido actúa de palanca e impulsa
una sonrisa, traducible por: Ahora.
Y entonces vais a la casa
o al cuarto de un hotelillo preterido,
y os acostáis juntos, con un ardor tan falso
como real, tan auténtico como evanescente,
sin antes ni después
—el futuro es otra copa y una ducha somera—
vacío y pleno, susurrante y mudo, urgido
y eterno (casi siempre igual)
como es eterno el previo relato de las vidas distintas.
Y tras el voraz incendio provocado,
nada ocurre
y abandonáis —con mutuas sonrisas mudas—
otra cama desecha y vacía…

***

Necesita compañía y amor este hombre…
Dijeron ciertos cortesanos viendo al casi viejo
emperador Caracalla (asesinado luego)
medio enfermo, inútil para todo, inapetente,
aburrido tras tantísimas y lejanas guerras…
Y mandaron a buscar el amor —resplandeciente,

desde luego— a las plazas y termas.
Mas el avejentado (que tenía de nacimiento
torcido un dedo, y al que ahora lagrimeaba un ojo)
adivinando sus pías intenciones, desde su
postración, les dijo levantando el dedo curvo,
húmeda la retina en el lecho: Buscadme alguien.
Pero joven, joven. Apenas le tenían fuerzas.

***

¿Y qué ocurre si el amor no llega?
Pues, como el refrán dice, hay que pintarlo.
Sin amor no es posible vivir: Historia vieja.
Y amor, además, no quiere significar lo mismo
para nadie: O para pocos.
Sin amor, porque celeste o divino lo anhelas,
sin amor porque concluyó
o porque no encuentras tu media naranja comprensiva
(tan difícil a poco que te llames exigente)
de un modo u otro, a inventarlo te dispones:
Tendrás celos de un amigo,
creerás que la chica de la parada
y el autobús huyó tan velozmente)
era —exactamente ella— la novia soñada
tantísimo tiempo...
Gemirás en la almohada, buscarás otra amiga y otra agenda,
requebrarás al muchacho de los ultramarinos,
perseguirás de oficio, y en los breves encuentros
del bar y de las noches —incluso en los más
rituales— tejerás otra historia de amor
de cinco horas —o acaso menos—
con noviazgo, intrigas, conquista, provocación,

más celos, e inevitable éxtasis erótico (pese a todo)
en un coche o en una colchoneta…
No, no somos una banda de histéricos.
Algo desquiciados, solamente).
Pero es que, vida mía, no se puede vivir sin amor.
Es más que aburrido, horrible vivir sin amor.
Y entonces, noche a noche
(incordiando, urdiendo planes,
liando y sobornando taxistas, sonriendo al camarero,
invitando a copas, rogando y desdiciéndote)
te inventas el amor. Lo construyes, lo ensalzas.
Ah miseria dorada de un amor sin amor…
¡Cuánto sufrimiento en tres o cuatro noches,
cuánto éxtasis breve, cuánta, cuánta nostalgia!
Pero más de una ventaja ha de tener
(y el dinero no es noble desventaja):
Cada amanecer estás tú solo, libre y claro,
en el anchísimo reino de tus sábanas…
¡Compañero: Enjúguese un poquito tan ridículas lágrimas!

Hermosos rostros del pasado

Como por una magia
—que no por vez primera ocurre—
con más fuerza hoy venís en un tropel, primero informe.
Aquel destello rubio de delicia,
ese cuerpo tan grácil que parecía asombro,
tus ojos como el mundo, cuando todo era dicha;
su carne tan de gema, mordible y jugosa.
Bellísimos seres a quienes tanto debo,
(tanto afán, tanto riesgo, tanta aventura deleitosa o acre)
que resumís el tiempo en una imagen sola,
y que sois perdurables en efímero nombre.

Rafael tocaba el piano
y al mirar insinuaba mundos que apenas intuía.
Con Emilio la vida fue madrastra,
y bebía leche (aquella noche dulce)
como si fuera su primer —su único— día de cariño.
Pablo era el oro del mundo en su alegría;
y por Santi —que jugaba al fútbol—
habría yo olvidado las playas más sombrías.
Juan tenía la elegancia de un cuadro inglés antiguo
(o el Duque de Pastrana, pintado por Carreño);
Leopoldo poseía una hermosura turbia
—lo que los padres definían como insano y ambiguo—
y Paco amaba transgredir, como Gonzalo (el rubio)
cuanto otorga el dinero, mientras era su cuerpo
un alba de primicia…
Vuelven todos de golpe, exigiendo su espacio
y evocando sus días: Por mí gozaste más,
por mí pasaste tardes de febril nerviosismo;
en aquel restaurante yo te pedí el reloj,

porque sé que era en ti otra sortija efímera.
Tú y yo pudimos haber sido amantes muchos años;
nuestra noche fue breve, pero larga la dicha...
¿Qué queda de vosotros,
espectros de aquel río donde un gran sol brillaba;
qué decís al volver, qué significa ese ademán
como de ir a hablarme?
Lo que fue o no fuese está perdido todo.
Evocar primaveras es ejercicio inútil.
Y sin embargo sois mi vida, más que lo aún futuro.
Tenéis el valor de recordarme el tiempo
—el tejido que compone nuestra propia materia—
de elevar la alegría, y saber que su himno
(y la hermosura) se acompañan con rachas de tristeza.
Tal vez —como en el tópico—
evocáis días que resuenan felices
porque son del pasado,
y decís que con el cuerpo ocurre otro tanto:
Que parece mejor el que ya no es palpable.
Me recordáis amigos que andaban con vosotros
y que también son sombras;
contáis casas y bares que sólo la memoria
en este hoy describe.
Sois la efímera rosa, la manzana mordida,
la azucena que canta su juvenil relámpago,
el jazmín que se va mas se remembra siempre:
Imágenes doradas de la literatura.
Pero sois también —y afirmáis—
lo que mucho más vale: Imagen de la vida.
Susurráis que el corazón (ese vuestro y el mío)
llevó sangre muy fuerte,

que no tuvimos miedo apurando el licor,
y cada cual por su senda
(por distintos caminos o acaso extraviados)
seremos hasta el fin como fue aquella vida.
Buscadores de apuestas y emociones,
tesorero o piratas de la impar hermosura,
violentos derrochones de la noche y su música,
aparadores de esta sola realidad,
que nos exalta y hunde.
Por vosotros sé que he vivido,
que amo la vida —y tal vez me ame ella—
y que siempre (otros que son los mismos)
a todos nos darán noches aún de farra,
y codicia de amor, o ese instante pequeño (y moriremos)
en que un bello cuerpo grita que se ha parado el mundo,
y que todo —todo absolutamente— vivirá así de quieto,
como si el orbe fuese sólo presente eterno.

En honor de un sabio solitario

Es un paisaje húmedo, con hierbas altas y pinos retorcidos.
Hay penachos de bruma en las escarpaduras, y rocas,
abundantes rocas, a las que hilos de agua
y viento prestan su fuerza y frío...
No sabemos dónde está el lugar:
Pero siempre está lejos, muy lejano.
Tras días de marcha por cordilleras y áridas llanuras,
se encuentra el siglo: El Rey gobernando,
y quienes sueñan destruirle.
El legislador y los que le odian.
El rico y el que sustrae.
La prostituta y el comerciante en grano.
Los niños que se miran ya fieramente en la escuela,
y todos los demás que usan del zarpazo...
Hay momentos de dicha, pero también hay hambre.
El menor privilegio cuesta caro,
y es muy difícil poseer algo sin hacer daño
a tantos. Imposible ser feliz.
Fácil la humillación y la venganza.
Entre esas calles, polvorientas y gritadoras, en las tabernas
de orujo peleón, y en los altos palacios de la daga y la seda;
cuentan que allí —en aquel paisaje que ha pintado alguien—
vive un sabio viejo, en una choza de troncos,
rebuscando plantas.
Casi nadie lo ha visto, y las anécdotas que narran de él
(los que dicen haberlo visitado) semejan fábulas, leyenda.
Mas hay muchos hombres que abandonan la ciudad
pensando hallar —para vivir con él— al Sabio
y su humildísimo hogar, entre rocas y viento áspero.
La más bonita de esas anécdotas dice que el Rey
encontró un día al Sabio en persona. Y al preguntarle

si poseía la anhelada Inmortalidad y cómo lograrlo,
el Sabio contestó que sería flaco favor a los humanos
trasladar al Rey a una región celeste. El Imperante,
entonces, inquirió por los genios y dioses. Si los había visto.
Cómo eran. Cuándo le habían visitado. El Sabio
(preparando una cocción) dijo que, respetuosamente,
no le gustaban los visitantes inesperados. Y cuando el Rey,
nervioso, inquieto, deseando algo tras su fatigoso viaje,
suplicó al Sabio fórmulas o recetas o sólo un consejo
con el que poder hacer felices a los desdichados súbditos,
recibió esta respuesta: Por ser sabio, jamás me he ocupado
de los hombres. Y el Rey le dejó (cuentan)
de mal humor y cabizbajo.
Yo sueño muy a menudo en ese Sabio.
Y mirando alrededor (sólo mirando) siento nostalgia
del paisaje montuoso y húmedo, y me pregunto dónde está,
sabiendo que no voy a saberlo, mientras me digo
—volviendo a la lectura de algún libro,
procurando olvidar, olvidar siempre—
¿qué haría yo, y qué camino andar para sentir como el
Sabio? Ajeno a todo, e importándome un bledo
los hombres y sus vanidades.
Y aunque un corto trago me hace escapar al silencio
de ese instante, vuelvo siempre a decirme:
/Qué imbéciles, qué idiotas somos los humanos!

Novela de un profesor a punto de los cuarenta

Un día me decido —acaso pronto—
y digo que sí a lo que (con oblicuas palabras)
muchas veces propones sonriendo...
Monto para ti el negocio (con mis ahorros solo)
y empiezo a vivir un loco amor contigo.
Gozo de tu desnudo, oscuro cuerpo de espigado mozo,
y duermo acurrucado a ti
como gato invernizo junto a su chimenea.
Me dará mucho gusto pensar que todo es mío
(tu piel y tus caricias, me refiero)
mientras desciende o medra el menester común,
y vivimos felices, en proa hacia la quiebra.
Todos dirán: Javi arruinó a este orate,
y contarán mi poco juicio y la mucha lujuria;
mas habrá sido sólo mero sueño de amor,
y un intento (pequeño) por vivir lo imposible.
Tener para mí tus besos nunca dados,
poseer tu delicia de broncínea escultura,
creyendo que seríamos eternos compañeros.
Aunque quede al final desvencijado y triste
y tú (siempre mi amigo)
me digas chao, cariño con la mano garbosa,
como quien dice adiós en el muelle de un puerto...
¿Y todo por qué? ¿Por qué mi desatino?
Por estar ya cansado de repetir el *dictum:*
Tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida.
Veía cruzar en chandal al chico deportista,
miraba en restaurante al nuevo ejecutivo,
soñaba en tu cuarto lleno de rock y libros
y sentía —ya loco— tu caluroso beso

al irte de mañana, madrugando, a Derecho...
Manfloras no quería, ni chulos de los buenos,
quería la verdad, que anda siempre lejana,
y por definición aborrece lo elíptico.
Te quería a ti que sales del trabajo
y buscas a tu novia, a ti pensando solo
en la rubia platino del más sucio realismo,
a ti que te preparas a un porvenir muy dulce
y tienes la hermosura natural (y nunca la percibes)
de lo joven perfecto, de gracia no pedida.
En fin, siempre he querido lo que está al otro lado,
la tentación terrible de la casa de enfrente,
y harto de fingir lo clandestino efímero,
hice verdad tu sueño de canallita amable
para ver —en ti— hecho verdad el mío.
Aunque sé que la vida me dará lo de siempre:
Yo solo en el rincón, pobre como las ratas,
y tú, simpático y guapo, navegando a lo lejos.
Yo, sin esperanza y además sin un duro
(bancarrota el montaje)
y tú buscando sendas a tu claro destino.
(Pese a todas las sombras que te vendrán a tiempo.)
Sí, sé lo que me aguarda,
contemplo el panorama de mis boscosas ruinas,
y sin embargo, alegre, me repito constante:
Me decido, seguro. Un día de estos empiezo.
Y al pagarte la copa te lo digo de golpe:
Javi ¿no querías hablarme de un asunto?
Mañana me va bien. De acuerdo, sí. Mañana mismo.

La confesión del perverso

¡Con qué sana delicia, con qué placer
os acecharía y corrompería,
hermosos muchachos del mundo,
para que compartiésemos la vida y el ardor
que llaman juventud!
¡Cómo me acercaría suavemente, arteramente,
fraterno, buscando vuestra amistad y compañía,
la dulzura antigua de los camaradas,
la felicidad de entrar juntos
a los días que la vida abre
y a la siempre desconocida nocturnidad!
(¡Atrapen a ese ogro! —claman las madres—
¿A eso llaman artista? ¿A ese degenerado,
corruptor de la mejor juventud? Es el monstruo que ofi
caramelos en las verjas de los colegios probos,
el que invita sonriendo, tigre de la fruta verde,
corsario de alargados Lolitos,
horrenda pócima en un claro manjar de adolescencia...
¡Atrapen a ese infame, Santo Dios!)
Y ¿cómo decirles, señoras,
—caí siempre simpático a las que me conocieron—
que no sólo no deseo ningún mal a sus hijos,
sin que aspiro a cuidarlos,
que hasta daría mi vida junto a ellos,
y que deseo enseñarles, amigarlos, darles más altas mira
y que compartamos —como guerreros dorios—
el afán de virtud y nobleza
frente a los envites del mundo y de la vida?
Es muy acre el destino,
y con ellos no será mejor que fue con nosotros.
Pero juntos —ellos y yo—

(y odio a los que hacen del sexo porquería,
a los que no respetan la limpia inocencia
del vigor moceril)
enfrentaríamos más robustos las horas,
más alegres las dudas,
y la amistad —que crece cuando se admira
y a la que el cuerpo da asiento—
nos enseñaría delicia y fortaleza
y el arte tan difícil de bien vivir...
Pervertiros es haceros míos,
imaros pulcra y locamente,
¿doraros, deseándoos la total plenitud...
Hermosos muchachos, únicos seres para quien el mundo
puede ser —y es— anhelo y esperanza
o camino que lleva hacia un gozo sin fin.

***

Hoy te he visto a ti.
Y he dicho: ¿Cuándo empezamos?;
Cuándo seremos el uno para el otro,
óptimos amigos libres,
compartiendo el cuerpo y el presente,
la inocencia y el afán por venir?;
Nos liamos, quieres?, he pensado mudo.
Y tú me has mirado como en enigma
o cordial inquietud.
Alto y delgado, lleno de gracia altiva,
los pantalones rodeando el tobillo (se llevan ahora así)
ibas a clase con un mazo de libros.
Dime ¿qué quieres que hagamos?
Sé perfectamente que debiéramos ser amigos.

Comentaríamos lo leído, iríamos al cine,
nos reiríamos de aquel tipo ridículo (hay muchos)
y estaríamos dispuestos a cualquier buena acción,
porque el amor es sano y vuelve feliz...
Eres lo que deseo:
Una compañía dulce, fraterna y sabia,
que crecerá junto a mí.
¿Cuándo empezamos, dime?
Pero sigues andando, aunque me mires;
y aunque sé que eres tú (¡y hay tantos tú!)
debo decirte adiós. Adiós, pues, amigo mío.
Si supieras cuánto te he querido en ese instante,
me querrías también.
Si supieras cuánta bondad te he deseado,
sabrías que soy mejor que lo que cuentan de mí
(o de quienes en algo se me parecen).
Es absurdo no ser feliz cuando es tan fácil serlo.
Y decidle a mamá, amables jovencitos,
que el monstruo es en el fondo un santo,
o si prefiere, un desdichado, un pobrecillo infeliz.
Como un vampiro lleno de ternura,
o un Frankenstein ofreciendo regalos, -y
extrañado al ver que todas las niñas
echan a correr, despavoridas,
bosque a través, huyendo del horrendo asesino,
que sólo cariño ofrecía —sólo cariño—
y el deseo de un orbe que se pueda vivir.

Celebrando delicia y ternura

Para A.

Y aquel círculo sacro cerró entorno nuestro.
Todo era oscuridad y atmósfera callada.
Un centro nos unía y una emoción muy cálida.
los cuerpos se rozaban exactos y encendidos,
\ la piel profería su lenguaje perfecto.
Una dulce pasión en un círculo negro,
mientras la hoguera llena de sentidos el tiempo
y me cuenta tu mano la maravilla toda.
Algún día he de hablar en favor de la vida,
no olvidaré esa noche en el círculo ciego,
ni a ti, que me enseñabas minucioso lo eterno.

Indice

1974 50

A
Al sur, en una pequeña ciudad provinciana 51
Al-Andalus 36

B
Bares 47
Bulevar de la luna 26

C
Celebrando delicia y ternura 89
Clérigo vagante 16
Constantinos Kavafis observa el crepúsculo 13

D
De negros cabellos y hermosa mirada 74
De noche, en la terraza de un ático bellamente dec 59
Desnudez breve de la carne 29
Días de ocio en el país de Yann 57
Dominio de la noche 22

E
El amor es siempre de veras 76
El ciruelo blanco y el ciruelo rojo 28
El engaño de los cuerpos en días de verano 54
El fauno del parque 17
El paso de la laguna Estigia 60
El tema de la rosa 33
En honor de un sabio solitario 82
Epitalamio de Leandro y Hero 62

F
Fabliau del encuentro 15
Filósofo de Cirene enamorado del amor 63

G
Giovanni Antonio Bazzi, «Il Sodoma» 38

H
Hermosos rostros del pasado 79
Homenaje a Catulo de Verona 30
Honor de los vencidos 55

I
Inicio de primavera 44
Intento rehabilitar la dicha 65

K
Kitagawa Utamaro. Noche en el mundo perecedero 14

L
La confesión del perverso 86
La noche del poeta árabe 31
La vida escandalosa de Luís Antonio de Villena 27
Labios bellos, ámbar suave 20
Le poete de dix-sept ans 45
Luís Antonio de Villena 5

M
Manjar de dioses 41

N
Novela de un profesor a punto de los cuarenta 84

O
Oratio amatoria 42

P
Paiderastein 53
Para honrar a Ibn Hazm de Córdoba 35
Paseo en la mañana 18
Piscina 19
Por quienes aun persiguen esa dicha 75

Q
Qué sabes de la noche centinela? 71
Querubes 21

R
Razón de amor 48

S
Salai 43
Satélite del amor 25
Sobre un tema de Berkeley 58

T
Tango 11
Tankas 23
Temas crepusculares 72
Tú que eres hoy del mundo fresco adorno 40

U
Un instante para Leonor de Aquitania 9
Un viejo poeta griego de Alejandría 34

Antología de Luís Antonio de Villena,
se terminó de imprimir el 15 de Enero del año 2007
en los talleres gráficos de la Editorial Arquitrave en Bogotá, D.C.
y fue encuadernado a mano por Ricardo Aguirre Piñeros.

Los libros de Arquitrave Editores

Entre nuestros autores figuran

Carlos Drummond de Andrade
Affonso Romano de Sant´Anna
Harold Alvarado Tenorio
T.S Eliot
Carlos Jiménez
Ferreira Gullar
Paulina Vinderman
Charles Baudelaire
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Du Fu
Manuel Bandeira
Lawrence Ferlinghetti
Elkin Restrepo
Konstandinos Kavafis
Li Bai
Alberto Da Costa e Silva
Rowena Hill
Jader Rivera Monje